

Investigación educativa, una fundamentación metódica y metodológica

Énfasis Ambientes de Aprendizaje Mediados
por TIC de la Maestría en Educación UPB

Compiladores

Isabel Cristina Ángel-Uribe

Lina María Cano Vásquez

Alejandro Uribe Zapata



378.007
C227

Cano Vásquez, Lina María, autor

Investigación educativa, una fundamentación metódica y metodológica, énfasis ambientes de aprendizaje mediados por TIC de la Maestría en Educación UPB / autores Lina María Cano Vásquez [y otros 8] – 1 edición – Medellín: UPB, 2025 -- 255 páginas.

978-628-500-160-4 (versión digital)

1. Tesis y disertaciones académicas -- 2. Educación en ambientes virtuales (EAV) -- 3. Investigación educativa -- 4. Comunicación científica -- 5. Escritura académica -- 6. Metodología de la investigación

CO-MdUPB / spa / RDA
SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Guadalupe Álvarez
© Guillermo Echeverri Jiménez
© Beatriz Elena López Vélez
© Juan Carlos Echeverri-Álvarez
© María Elena Giraldo-Ramírez
© Gloria María Álvarez Cadavid
© Lina María Cano Vásquez
© Marita Lopera Rendón
© Fáber Andrés Piedrahíta Lara
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

Investigación educativa, una fundamentación metódica y metodológica

ISBN: 978-628-500-160-4 (versión digital)

Primera edición, 2025

Escuela de Educación y Pedagogía

CIDI. Grupo de investigación: Educación en Ambientes Virtuales. Proyecto de investigación: Proyecto General Grupo de Investigación en Educación en Ambientes Virtuales. Radicado: 358C-11/18-21

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Padre Diego Marulanda Díaz

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano de Escuela de Educación y Pedagogía: Juan Francisco Vásquez Carvajal

Coordinadora Editorial UPB: Lisa María Colorado Rodríguez

Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: María Isabel Arango Franco

Corrección de estilo: Weimar Toro Ramírez

Imagen portada: Shutterstock 2450090315

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2025

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Medellín - Colombia

Radicado: 2328-15-08-24

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

El interaccionismo simbólico, un enfoque metodológico para la investigación de las TIC en Educación

Dra. María Elena Giraldo-Ramírez

En este texto se intentará responder la pregunta que, posiblemente, suscita el título: ¿por qué el interaccionismo simbólico como enfoque metodológico para estudiar e investigar las TIC en la educación? La primera razón se encuentra en el hecho de que el interaccionismo simbólico,¹ como perspectiva teórica fundamental, remite de modo directo a una reflexión sobre el sujeto, la subjetividad y la significación en el marco de lo que constituye el principal interés del Área de Énfasis en Ambientes de Aprendizaje Mediados por TIC: la experiencia mediada tecnológicamente en el ámbito educativo.

En este sentido, y esta constituye la segunda razón, lo que interesa como objeto de estudio no es la tecnología por sí misma, sino en el marco de los procesos de interacción y mediación por medio de los cuales se relacionan

1 Si bien el interaccionismo simbólico recoge el pensamiento de algunos filósofos pragmáticos, como George Herbert Mead (1863-1931), fue Herbert Blumer (1900-1987) quien acuñó el rótulo de interaccionismo simbólico en 1937, y la ubicó no solo como teoría social, sino como posición metodológica.

los sujetos y se produce la realidad social dotada de significado. En otras palabras, interesa la producción de significación por parte de los actores educativos en situaciones particulares de copresencia mediada tecnológicamente.

La expresión “interacción simbólica” hace referencia, desde luego, al carácter peculiar y distintivo de la interacción, tal como esta se produce entre los seres humanos. Su peculiaridad reside en el hecho de que estos interpretan o “definen” las acciones ajenas, sin limitarse únicamente a reaccionar ante ellas. Su “respuesta” no es elaborada directamente como consecuencia de las acciones de los demás, sino que se basa en el significado que les otorgan a las mismas. De este modo, la interacción humana se ve mediada por el uso de símbolos, la interpretación o la comprensión del significado de las acciones del prójimo. En el caso del comportamiento humano, tal mediación equivale a intercalar un proceso de interpretación entre el estímulo y la respuesta. (Blumer, 1982, pp. 59-60)

La interpretación, según Blumer (1982, pp. 5-13), constituye la tercera y, quizás, más importante premisa del interaccionismo simbólico,² en razón de que aquella exige una reflexión sobre la acción propia y la de los otros. Toda interacción simbólica, por tanto, implica interpretación, entendida esta como un proceso formativo permanente, a través del cual el ser humano reconoce y redefine los objetos que componen su mundo y en virtud del cual actúa. Desde este punto de vista, los objetos son producto de la interacción social, y no a la inversa. Aprendemos el mundo, aprendiendo el significado de los objetos y transformando este significado a lo largo de la experiencia interaccional: “la vida de un grupo humano es un proceso a través del cual los objetos van creándose, afirmándose, transformándose y desechándose” (p. 9).

El interaccionismo entiende el objeto, siguiendo las lecciones de G. H. Mead (1991), como creación humana y no como algo dotado de vida propia. Desde esta perspectiva Mead reconoce tres categorías de objetos: los objetos físicos, los objetos sociales y los objetos abstractos. Los primeros son de fácil identificación, son de carácter tangible, se pueden ver y tocar, pero su existencia está supeditada al sentido que se le asigne mediante la

2 Las otras dos premisas son las siguientes: una, que el ser humano orienta sus actos hacia las cosas de acuerdo con las que estas significan para él, y dos, el significado es el resultado del proceso de interacción entre los individuos. (Blumer, 1982, pp. 2-4)

acción. Es decir, toda cosa material precisa de la mediación del ser humano para convertirse en objeto. En palabras de Martín Serrano (1978): “la cosa remite a la naturaleza no mediada; el objeto, a la sociedad mediadora. La cosa se objetiviza (se convierte en un objeto) cuando la sociedad expresa su organización o su intencionalidad a través de ella” (p.18).

Los segundos, los objetos sociales, refieren el ser humano como objeto de su experiencia en el mundo, que se expresa en los roles que asumen: maestro, estudiante, madre, padre, amigo, sacerdote, etc. En otros términos, el individuo no solo actúa en relación con lo otro y con los otros, sino también en relación consigo mismo. Esto es posible gracias a que todo ser humano posee un “sí mismo” (*self*),³ es decir que se reconoce, así como tal. Esta capacidad de saberse y reconocerse le permite interactuar consigo mismo: percibirse, pensarse (tener conceptos), actuar y comunicarse consigo mismo (Blumer, 1982).

“Pero el animal no pudo nunca alcanzar la meta de convertirse en objeto para sí mismo, hasta que pudo entrar en un sistema mayor donde pudo ejercer varios roles, de tal forma que, al adoptar un papel, pudo estimularse para ejercer el rol del otro apropiado al primero. Este desarrollo lo ha hecho posible una sociedad cuyo proceso vital está mediado por la comunicación” (Mead, citado por Sánchez de la Yncera, 1991, p. 147).

Sin embargo, el principio de la otredad es necesario para considerar al ser humano como objeto social: solo en la condición de adoptar el papel del otro puede verse a sí mismo desde el punto de vista de otros y actuar en consecuencia. La autointeracción no es un simple ejercicio de introspección, pues esta solo es posible en la interacción con otros individuos –que se da en

3 *Self* es uno de los conceptos más importantes y diferenciadores del pensamiento de G. H. Mead, porque dota al individuo de una conciencia de sí mismo que implica un proceso de interpretación que influye directamente en su acción. El *self* es lo que diferencia una interacción no simbólica (conversación de gestos, en Mead) de una interacción simbólica (empleo de símbolos significativos, en Mead); en la segunda, hay una toma de conciencia, un proceso de interpretación. Y esto es aún más evidente en el caso de la autointeracción, es decir, “entablar una interacción consigo mismo, interpeándose, respondiendo a la interpeación e interpeándose de nuevo” (Blumer, 1982, pp. 46-47). El “desarrollo de la autonomía del individuo, y de su auto-conciencia en el ámbito de su experiencia” es preminentemente social. Para Mead, el proceso social es anterior a las estructuras y procesos de la experiencia individual.

un contexto social determinado– en la capacidad de volver a sí mismo desde el exterior. “De ello se deduce que nos vemos a nosotros mismos a través del modo en el que los demás nos ven o definen” (p. 10).

Por último, los objetos abstractos, como los físicos, son construcciones humanas, pero de carácter intangible. Y si no se pueden tocar, ni mirar ni oler, sí se puede actuar en función de ellos: la justicia, la política y las normas, por ejemplo, son conceptos que construye el ser humano para vivir en comunidad. Son abstracciones que llegan a ser objetos cuando su significado es común a un grupo social.

Por tanto, el ser humano debe considerarse siempre en función de los objetos que construye y que lo construyen, a su vez, como objeto social. La conciencia de sí –el reconocerse a sí mismo– es condición previa de la experiencia, es lo que lo convierte en agente de su propia vida, como sujeto-objeto, en una relación dialéctica. El ser humano, como agente, es más reflexivo que reactivo, pues no se limita a responder a una presencia o percepción, sino que actúa en relación con ella, previo un proceso interpretativo. Este carácter reflexivo es lo que hace de la interpretación un proceso dinámico y permanente de aprendizaje del mundo, en el cual los objetos se redefinen también continuamente.

Implicaciones del enfoque interaccionista en la investigación

Dicho lo anterior, se entiende por qué se vincula el interaccionismo simbólico –en términos epistemológicos– con el paradigma interpretativo. Por este motivo, también rechaza los presupuestos funcionalistas por su excesivo formalismo, su lejanía de los sujetos concretos y su concepto de función. De allí, que le interesen más los estudios de nivel micro, sin pretensiones de grandes generalizaciones, lo cual no lo hace menos riguroso y exigente, sino, por el contrario, cualitativamente más profundo.

De hecho, el interaccionismo exige rigor en los procedimientos, mas no estandarización. La estandarización tiende a la prescripción, y en ciencias sociales la metodología no debe ser prescriptiva, sino creativa, puesto que la prescripción tiende al dogmatismo, mientras que la creación tiende a la crítica, que permite establecer la pertinencia del punto de partida para la comprensión. En este punto es interesante recordar las palabras de Mills (1959, citado por Taylor y Bogdan, 1987)

El investigador es un artífice. El científico social cualitativo es alentado a crear su propio método [...]. Se siguen lineamientos orientadores, pero no reglas. Los métodos sirven al investigador; nunca es el investigador el esclavo de un procedimiento o técnica. (p. 23)

En términos de un interaccionista como Blumer (1982), “la realidad existe en el mundo empírico y no en los métodos empleados para estudiarlo” (p. 20). De lo anterior se desprende una postura metodológica del interaccionismo que implica prestar particular atención a dos asuntos: el primero, que toda investigación social que refiera el estudio de la acción debe hacerse desde la posición del agente (Blumer, 1982); el segundo, que la acción individual y conjunta se sucede en un tiempo, marca un trayecto, es decir, posee una historia:

Las indicaciones e interpretaciones mediante las cuales los individuos forman y mantienen sus relaciones organizadas son siempre, en cierta medida, un bagaje de su pasado. Ignorarlo representa un auténtico riesgo para el especialista. A este respecto, la postura metodológica del interaccionismo simbólico consiste en prestar atención a la vinculación histórica de lo que está estudiando. (Blumer, 1982, p. 44)

En lo concerniente al primer asunto, este enfoque metodológico riñe con el enfoque “objetivo” de la ciencia empírica, por la peligrosa tendencia de este a imponer los marcos de referencia del investigador, en su intento de no contaminar la mirada en la interacción con lo investigado. Esta tendencia la señala Blumer (1982) como el peor tipo de subjetivismo –el que pretende ser objetivo– puesto que se niega a asumir el papel del actor para mantener una distancia, pero aborda “el proceso de interpretación a través de sus propias conjeturas, en lugar de entenderlo según se produce en la experiencia de la unidad [obstante o de acción] que lo lleva a cabo” (p. 65).

La consecuencia metodológica que reviste considerar el sentido histórico de la acción pasa, primero, por reconocer la organización social como un marco en el que se desenvuelven las acciones individuales o conjuntas de los individuos. Dicho marco condiciona la acción, pero no la determina, porque este le proporciona al individuo objetos físicos, sociales y abstractos para la interacción, que utiliza para interpretar las situaciones sociales en las que se da su acción. Lo que determina la acción es la situación social en la que esta se sitúa, que puede ser convencional o inédita.

Más allá del murmullo de voces teóricas rivales, es posible discernir ciertos temas comunes en esta confusión aparente. Un tema es la insistencia de la mayoría de las escuelas de pensamiento en cuestión –con excepciones notables, como el estructuralismo y el “post-estructuralismo”– en el carácter activo, reflexivo, de la conducta humana. “Significa esto que se unen en su rechazo a la tendencia del consenso ortodoxo a ver la conducta humana como resultado de fuerzas que los autores ni gobiernan ni comprenden” (Giddens, 1995, pp. 17-18).

La educación, por ejemplo, es un tipo de organización social que provee al individuo, para su interacción, de objetos físicos (sillas, escritorios, pizarrones, ordenadores), objetos sociales (estudiantes, docentes, gestores, técnicos, administrativos) y objetos abstractos (reglamentos, valores, cultura, conocimiento). Dentro de este tipo de organizaciones, las situaciones sociales están circunscritas a un espacio-tiempo donde las actividades están muy definidas, más aún –podría decirse–, rutinizadas. Es decir, hay una naturaleza repetitiva de la acción; a esto, Erving Goffman (1970) lo llamó ritual.

Pues bien, el ritual de la interacción de una situación social particular como la que se presenta en el proceso de enseñanza y de aprendizaje tiene un comportamiento, por lo general, repetitivo. Los actores que intervienen en este proceso tienen ya una comprensión de su papel (previo proceso interpretativo) y actúan de acuerdo con este en el proceso comunicativo. Sus acciones, prácticamente, son fijas y aceptadas: no hay mayores dificultades para orientar y organizar la acción, trátase de estudiantes o de docentes.

Sin embargo, este ritual puede verse afectado (y de hecho lo ha sido) por situaciones nuevas que exigen nuevos procesos de interpretación para ajustar la acción, para encajar en la acción del otro, para realizar una definición conjunta de la situación. La incorporación de tecnologías de información y comunicación al proceso de enseñanza y de aprendizaje ha creado una nueva y desconcertante situación para muchos de esos actores, que no alcanzan a definir o a interpretar de una sola forma, y que los obliga a reconfigurarse como objetos sociales y a redefinir otros objetos como la silla, la tiza, el rotulador, el pizarrón, el profesor, los estudiantes, las reglas de juego y, por supuesto, a sí mismos.

La postura metodológica del interaccionismo insta a que el investigador se esfuerce por rastrear estas nuevas situaciones que aún no han sido definidas por los actores sociales; a que se esfuerce por identificar el trayecto interpretativo

de las mismas, el proceso emergente de la nueva definición de la situación. Y para ello, debe ponerse en la situación de lo investigado, asumir el papel del actor, enfocar el proceso investigativo desde su punto de vista.

Por tanto, el interaccionismo considera que la metodología no se agota, ni debe agotarse en los procedimientos, sino que compromete todas las etapas del acto investigativo, desde una primera aproximación al mundo empírico hasta la utilización de conceptos para interpretarlo. Para Blumer (1982), el mundo empírico social es

el ámbito de la experiencia cotidiana, cuyas capas superiores podemos ver en nuestras propias vidas y reconocemos en las ajenas. La vida de una sociedad humana, o de cualquier sector de la misma, de todas sus organizaciones o de todos cuantos en ella participan, se compone de la acción y experiencia de las gentes al afrontar las situaciones que se producen en sus mundos respectivos. (p. 26)

El punto de partida, entonces, es reconocer la naturaleza del mundo empírico en estudio y, desde allí, formular preguntas, problemas, esquemas, procedimientos, datos, relaciones, conceptos e interpretaciones. De allí que se planteen –más que procedimientos– seis temas insoslayables dentro de la postura metodológica del interaccionismo simbólico (Blumer, 1982, pp. 18-19):

1. Poseer y utilizar una descripción previa del mundo empírico en estudio, en razón de que, “casi por definición, el investigador especializado carece de información de primera mano sobre la esfera de la vida social que se propone estudiar” (Blumer, 1982, p. 26). De ahí que se haga necesaria una familiarización previa con dicha esfera de realidad, para procurar una descripción más cercana al ámbito de vida que se estudiará.
2. Formular preguntas sobre el mundo empírico y transformarlas en problemas de investigación constituye el paso inicial del acto investigativo. Tanto las preguntas como el problema marcan las líneas de indagación, y en ello radica la importancia de que el investigador esté familiarizado con el mundo empírico en estudio.
3. Determinar los datos de interés y los caminos para obtenerlos. Aunque haya una familiarización del investigador con el mundo empírico objeto de estudio, es innegable que siempre intervienen preconceptos e imágenes estereotipadas en el proceso de formulación de las preguntas y del problema. De ahí, la importancia de someter a revisión metodológica constante los datos que se desprenden de las preguntas y del problema,

ya que pueden sufrir una transformación en el proceso investigativo que implique revisar o desechar el problema. En relación con el método, la naturaleza de los datos perfila el tipo de instrumentos de recolección que se van a utilizar.

4. Determinar las relaciones entre los datos como primer paso de la interpretación.
5. Interpretar los hallazgos implica que el investigador sobrepase los límites del problema estudiado, lo enfrente a esquemas teóricos externos que trascienden el estudio realizado. Por tanto, no hay una explicación anticipada del mundo empírico, sino una construcción de la comprensión de ese mundo en el proceso de investigación.
6. Utilizar los conceptos a lo largo de todo el acto investigativo, como medio principal para establecer relaciones entre los datos, constituye el punto de apoyo para interpretar los hallazgos y para retornarlos siempre al mundo empírico.

Referencias

- Blumer, H. (1982). *El interaccionismo simbólico. Perspectiva y método*. Hora S.A.
- Giddens, A. (1995). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Amorrortu.
- Goffman, E. (1970). *Ritual de la interacción*. Tiempo Contemporáneo.
- Martín Serrano, M. (1978). *La mediación social*. Akal.
- Mead, G. H. (1991). La génesis del self y el control social. *Revista Española de investigaciones sociológicas*, (55), 165-186.
- Sánchez de la Yncera, I. (1991). Interdependencia y comunicación. Notas para leer a G. H. Mead. *Revista Española de investigaciones sociológicas*, (55), 132-164.
- Taylor, S. J., y Bogdan, R. (1987). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*, vol. 1. Paidós.